

Discurso de aceptación

19 de junio de 2025

Philip Kitcher, galardonado en la categoría de Humanidades (XVII edición)

Agradezco mucho a la Fundación BBVA, a quienes han apoyado mi candidatura y a los miembros del jurado de Humanidades el gran honor que supone este premio. Seguir los pasos de estudiosos a los que admiro y de los que he aprendido tanto es alentador, al tiempo que me hace sentir gran respeto. Les doy las gracias.

Mi trayectoria intelectual puede parecer un paseo sin rumbo. Me formé en las matemáticas, y en ellas se centraron mis primeras incursiones en la historia y la filosofía de la ciencia. Sin embargo, en los inicios de mi carrera docente, la pregunta de un estudiante me llevó a explorar las ciencias de la vida, donde encontré un tesoro de interesantes problemas filosóficos. Entre ellos, traté de explicar a un público más amplio por qué los ataques al darwinismo estaban equivocados, pero además por qué también eran erróneos los intentos de traducir la teoría evolutiva a un relato determinista de la naturaleza y la conducta humanas.

Después, a principios de los años 90, la Biblioteca del Congreso me invitó a redactar un informe sobre las consecuencias éticas y sociales del Proyecto Genoma Humano. La redacción de ese informe y el libro que surgió de él cambiaron la dirección de mi pensamiento. Empecé a ver en la búsqueda de conocimiento algo inherente a lo social, cuyo fin es promover el bien común. La investigación es valiosa no porque acumule más riqueza para unos pocos afortunados, sino por los beneficios que aporta a los ciudadanos de una sociedad o, mejor dicho, a la humanidad en general.

De este modo me vi inmerso en cuestiones de ética y filosofía política. Para abordarlas, recurrí a mi formación científica. Mis estudios sobre evolución, primatología, antropología e historia humana me habían enseñado que la vida ética del ser humano sin duda tiene decenas de miles de años. Para entender nuestras prácticas en materia de ética, creo que debemos considerar cómo han evolucionado. En vez de partir de una gran teoría ética, me centré en cómo

se ha desarrollado la vida ética a partir de una capacidad que compartimos con nuestros primos evolutivos, los chimpancés y los bonobos: la capacidad de identificar los planes de nuestros semejantes y facilitarlos. La evolución darwiniana nos ha legado una versión limitada de esta capacidad. La vida ética la ha amplificado, y ese amplificador nos ha convertido en la especie que hoy somos.

De esta idea rectora ha salido gran parte de mi trabajo reciente. He explorado nuestro progreso moral con la esperanza de ver cómo podría ser menos sangriento y más seguro. He intentado exponer y abordar las cuestiones éticas que se plantean en relación con el cambio climático. Y he querido reflexionar sobre los objetivos fundamentales de la educación y las estrategias para alcanzarlos.

Durante la última década, las cuestiones con las que he lidiado me han parecido cada vez más urgentes. Algunos de los avances morales que hemos conseguido están en peligro. En los intentos de asegurar un planeta relativamente habitable para nuestros descendientes se fijan unos objetivos insuficientes... que luego además no se cumplen. Las políticas educativas que se aplican en algunos países ven a los jóvenes como engranajes que hay que introducir en una maquinaria industrial para lograr la máxima productividad. En todo el mundo, las sociedades parecen aferrarse a medidas simplificadas de bienestar, derivadas de una imagen burda de la humanidad. Todo compromiso ético en la política, expresado en la elaboración de medidas que promuevan el bien común, parece haberse erosionado. En vez de expandir nuestra capacidad de respuesta ante los demás, como en el proyecto ético que nos ha hecho ser quienes somos, los líderes inculcan una actitud de estrecho interés propio, por el que todos deben pugnar en un mundo fieramente competitivo. Una de las versiones más crudas y grotescas de esta tendencia se encuentra en mi país de adopción, Estados Unidos.

Tal vez mi visión retrospectiva me engañe, pero no veo mi travesía intelectual como un paseo sin rumbo, sino como un intento de reunir diversas áreas de investigación como compañeras entre sí en el proyecto del progreso humano. Las ciencias y las humanidades deben complementarse mutuamente. A lo largo de mi carrera he reflexionado a veces sobre cuestiones científicas desde la perspectiva de la filosofía, la historia, la literatura y las artes. En otros momentos, he recurrido a las ciencias para abordar una cuestión de humanidades.

En un momento en que las humanidades a menudo se consideran innecesarias, es reconfortante que exista un premio en este ámbito; por eso también estoy muy agradecido a la Fundación BBVA. Siendo hijo de unos padres que no tuvieron la oportunidad de cursar ni siquiera la educación secundaria, me siento inmensamente privilegiado por estar hoy aquí. He tenido mucha suerte en mi travesía. Quiero terminar dando las gracias a quienes me han ayudado a lo largo del camino: decenas de profesores, atentos amigos y colegas, y el apoyo de una compañera de toda la vida, también filósofa, que a veces —aunque quizá no con la frecuencia suficiente— ha refrenado mis fantasías más descabelladas. Gracias a todos.